

## DISCURSO DE CONTESTACIÓN

POR EL

Rvdo. P. LONGINOS NAVÁS, S. J.

Señores Académicos:

Señores:

Estáis saturados de la ciencia prehistórica que habéis oído en el acabado discurso del recipiendario Reverendo Doctor D. Vicente Bardavú. Habéis quedado anonadados por la labor de investigación del hombre constante, entusiasta, descubridor de numerosos yacimientos y talleres de la industria humana en Albalate del Arzobispo, en Zaragoza, en Alcañiz y a dondequiera haya dirigido su mirada escudriñadora. ¿Cómo me atreveré a tomar la palabra para su contestación, siendo casi profano en estos estudios e investigaciones?

La amistad que nos une desde hace muchos años, la semejanza en las aficiones científicas que ambos experimentamos, el reglamento de la Academia que dispone que un académico responda al recipiendario me dan algún título para levantarme a hablar en estos instantes; y sobre todo vuestra benevolencia, que tengo bien conocida y experimentada, me alienta y me persuade de que os seré menos molesto de lo que recelar pudiera.

Ni he de presentar ante vosotros la personalidad del Rvdo. Bardavú, por seros sobradamente conocida. Largos años ha vivido en esta ciudad dedicado a la enseñanza de diferentes disciplinas, cinco años como Auxiliar del Instituto General y Técnico y Catedrático de Literatura General, Española, Griega y Latina en el Seminario Pontificio.

Ni para justificar la elección que ha hecho la Academia de Ciencias de Zaragoza, he de exhibir sus tí-

tulos académicos de Licenciado en Filosofía y Letras y Doctor en Sagrada Teología, ni presentar o analizar sus publicaciones científicas, especialmente la Historia de la antiquísima villa de Albalate del Arzobispo, Estaciones prehistóricas y poblados desiertos recientemente descubiertos y estudiados en varias localidades de la provincia de Teruel y el estudio que algunos de vosotros oísteis y aplaudisteis «El paleolítico inferior de los montes de Torrero», discurso de recepción en la Real Academia de San Luis de Zaragoza. Desde entonces no podía la Academia de Ciencias de Zaragoza dejar de llamar a su seno para que con ella colaborara en la ilustración del país al obrero incansable de la ciencia histórica y prehistórica, doliéndose solamente de que se hubiera anticipado la Real de Bellas Artes de Zaragoza y aun antes que ella la Real de Bellas Letras de Barcelona.

He de pasar en silencio las múltiples ocupaciones anejas al sagrado ministerio que han pesado siempre sobre el Rdo. Bardavú, en el santo tribunal de la Penitencia, en la cátedra del Espíritu Santo, en la dirección de parroquias tan numerosas y tan susceptibles de toda suerte de cuidados, como la de Albalate del Arzobispo y San Miguel de los Navarros; y no hago más que mencionarlas para que vislumbréis tan sólo la labor ingente e inverosímil que el Dr. Bardavú ha empleado para lograr los resultados óptimos que ha conseguido.

Sólo el experto puede formarse una idea aproximada del trabajo que ellas representan, de la constancia en el autor inquebrantable, me atreveré a decir de su pertinacia más empedernida. ¡Cuántas excursiones solitarias ha debido realizar, y por consiguiente acompañadas de cierta melancolía, terminadas lo más frecuentemente en la nada! ¡Cuántas visitas repetidas al mismo o análogo lugar, a costa de tiempo, de cansancio, de sudor, de dinero, con nulos o muy dudosos resultados! El investigador impenitente no se arredra por

estas contrariedades; su entusiasmo se enardece con ellas, como el pedernal saca fuego al ser herido por el eslabón, y llega a comunicarlo a los más fríos y apáticos. Y si logra compañeros, como los ha logrado el Reverendo Bardavú, les muestra sus hallazgos, les hace partícipes de sus júbilos; y sucederá acaso que oigan de repente del investigador en pleno campo un grito agudo. ¿Qué ha sucedido? ¿una desgracia? ¿se ha roto acaso la pierna?, pregunta el compañero, acudiendo presuroso. Nada de eso; es que tras largo afán ha dado con un tiesto, diría el profano, es que, digamos mejor nosotros, ha descubierto, enterrada por los siglos, preciosa vasija celtibérica. Este hallazgo lo sacó de sí, éste le arrancó el grito agudo de júbilo. Estos son los que hacen progresar la Ciencia.

Estos también los que se sobreponen a la atmósfera glacial que les rodea y la caldean con su entusiasmo, los que han de sufrir a menudo, con oídos sordos, es verdad, las sonrisas burlonas del incrédulo, las sátiras mordaces del indocto, aquella palabra que crucifica al cobarde y es el mejor timbre de gloria del investigador animoso, *chifladura*.

Hablo por experiencia propia. ¡Cuántas veces me han visto gentes profanas con la manga de coger insectos en la mano, persiguiéndolos y capturándolos por los campos y caminos! ¡Con qué variedad de nombres han designado este objeto para ellos desconocido! ¡Qué de palabras en tono zumbón se han escapado de sus labios calificando al que lo manejaba! Ninguna tan gráfica, a mi ver, como la que oímos en Monserrat, el Padre Marcet, botánico benedictino y el entomólogo que os habla, al regresar de una excursión a la cumbre de San Jerónimo. Repitiéronnos amigablemente lo que acababan de oír a un caballero, entre zumbón y gracioso: «Ayer tarde vi a dos curas locos que iban dando saltos por la carretera con un colador de café en la mano», y añadieron: ¿Serán acaso ustedes? —Indudablemente, respondimos.

Ninguna se me hizo tan simpática como la de aquella mujer de un pueblo de Aragón. Como al entrar en él yo recogiese algo mi manga de caza al lado izquierdo, preguntóme otra qué era aquello que yo llevaba, a lo que respondió la más docta, que sabía era yo religioso: —Debe de ser el distintivo de la orden... Dijo bien en cierto modo, el distintivo de los entomólogos.

Perdonadme esta digresión, que no es ajena al punto que tratamos.

No pueden las gentes sencillas e indoctas comprender cómo un hombre de carrera y más un sacerdote, pueda emplear sus afanes en buscar objetos o seres que ningún valor positivo ofrecen; mas a los intelectuales toca ilustrarlas, más con las obras que con las palabras. Afortunadamente en Aragón ya hacen menos novedad semejantes espectáculos, tanto menudean las excursiones científicas, históricas y artísticas organizadas por catedráticos de diversos centros de enseñanza, a quienes no he de elogiar, porque no parezca que alabo mis propias agujas.

---

¿Ha sido por ventura inútil el trabajo del Rvdo. Bar-davíu? ¿Es acaso estéril ese afán de buscar pedazos de piedra rotos? Al que tal dijera, podríamos referirle la anécdota del negro de las Antillas. Un sabio geólogo, Sainte Claire Deville, viajaba por las Antillas a mitad del siglo pasado. Acompañado de un negro fiel, iba y venía, rompiendo con un martillo las piedras, mirábalas y acercábalas a sus ojos para observarlas. El negro traducía en su lenguaje clásico la impresión que le hacía su amo y se reía cada vez que le veía tomar en sus manos una piedra, diciendo: él tomarla, él olerla, él arrojarla, y añadía: ningún oficio bueno, romper piedras. (1)

Como los geólogos con el estudio de las rocas re-

---

(1) Revue des Questions Scientifiques, 1921, XXX, p. 8.

constituyen la historia problemática de la tierra, así los antropólogos, por el estudio de las piedras, labradas por la mano del hombre que hallan esparcidas al azar o enterradas en la superficie de la tierra, reconstituyen la historia de la Humanidad en los siglos remotísimos, que no dejaron otras huellas de su paso. Así el Rdo. Bardavíu ha podido esbozar la historia de los primeros pobladores de Zaragoza en los tiempos prehistóricos. La existencia de estaciones prehistóricas en Torrero y en María, la consigné por primera vez en Febrero de 1917, (2) a la vista de sílex tallados reconocidos por tales por el Profesor Obermaier; pero al Dr. Bardavíu cupo la gloria de explorar extensamente las tres terrazas de Torrero y exhumar los restos de aquella ruda civilización de los tiempos glaciales.

Pero ¿y esos sílex y esas piedras que se exhiben como objetos labrados por la mano del hombre ¿no pudieran ser fragmentos cualesquiera, productos del acaso, de un choque o presión violenta, obra en suma de cualesquiera agentes naturales? ¿No entra en mucho la fantasía y el entusiasmo del especialista para que nos dé maravillado como hechuras del hombre lo que son simples accidentes de la naturaleza, *ludus naturæ*, como decían los antiguos? Es muy natural y frecuente este reparo, que oponen los menos versados en estos estudios.

Ni es de maravillar que así se hable, cuando se confunden fácilmente obras de arte exquisitísimo con las meramente naturales. Enviáronme en cierta ocasión una *hoja petrificada*, al decir del que lo hallara en Castiliscar, pueblo de esta provincia, por si me gustaba para nuestro Museo del Colegio del Salvador. Era simplemente una punta de flecha admirablemente tallada, con todos los primores del arte aciliense, un dije, *un bijou*, como exclamó el abate Breuil al verla. Quise llevarla a la exposición del Congreso de Antropología y Ar-

---

(2) Boletín de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales, 1917, XVI, p. 94.

queología prehistórica de Ginebra en 1912 y tuve que arrepentirme de no haberlo hecho al ver que allí habría brillado como la obra maestra del arte prehistórico.

Mas tratándose de otros instrumentos más antiguos de otras civilizaciones más rudas, más toscamente labrados, es mucho más natural que asalte con frecuencia la duda al menos experto y aun que yerren los más conspicuos sabios. Se necesita sagacidad de observación y un poderoso esfuerzo de la fantasía para reconocer de momento en algunos fragmentos de piedra que son obra intencionada de un ser inteligente; empero el ojo experto descubrirá al punto la acción humana en un trozo al parecer informe y logrará persuadir su aserto a los más profanos y por consiguiente incrédulos. Si yo presento aisladamente una raedera de sílex hallada por mí en el yacimiento de los Pedreñales, estudiado por el Dr. Bardavíu, con toda verosimilitud, suscitaré las dudas y aun la negación más rotunda de los profanos en este arte. Pero si exhibo toda una serie de los mismos instrumentos hallados en el mismo sitio, a medida que se van presentando ante los ojos la incredulidad primera bambolea, las dudas se desvanecen, llega el ánimo al pleno convencimiento. Pues vese en tales instrumentos una hechura semejante, aunque no igual, porque no están hechos con molde, y la materia es a veces rebelde a la mano del artista; del artista, sí, pues se descubre en ellos el arte del que los fabricara.

Y aun a veces sucederá que un objeto único aislado, será rechazado a primera vista por cualquier profano como objeto natural; mas si se hace ver los multiplicados retoques de un lado para sacar filo a la piedra, verá al fin con evidencia que se trata de un verdadero instrumento cortante, de una hacha prehistórica.

Lo mismo se diga de las piedras talladas encontradas en la cuenca alta del Jalón por el Sr. Marqués de Cerralbo, a las cuales yo llamé *arqueolitos*, (1) nombre

---

(1) Bol. Soc. Arag. Cienc. Nat. 1912, p. 222.

que debe prevalecer en vez del más reciente que he visto de *paleolitos*. Vista una, el ánimo vacila, por su tosquedad, mas vistos doscientos o más ejemplares de la misma hechura, el espíritu se tranquiliza, adquiere la completa certidumbre de que aquellos guijarros con corte por un lado los empleaban los hombres primitivos para cortar las carnes de que se alimentaban y raer las pieles con que se cubrían.

No ha sucedido lo propio con otros sílex que se han dicho tallados por el hombre terciario, como los de Thenay en Francia, los de Otta en Portugal, o los llamados eolitos de Bélgica, Francia e Inglaterra, que tan acaloradas discusiones han suscitado en revistas y Congresos científicos y que tan obsesionado traen al sabio belga Sr. Rutot. Los he visto a cientos en el Museo de Bruselas, y aunque el propio Sr. Rutot nos explicó minuciosamente su hallazgo y uso, puedo asegurar que permanecí en la incredulidad, pues no acerté a ver dos ejemplares iguales o semejantes; todos eran distintos, como fragmentos o cascotes que eran desprendidos por causas físicas y naturales del bloque de que formaban parte.

No diré yo que todos, absolutamente todos los sílex que yacen en el extenso taller prehistórico de Castelserás, llamado de los Pedreñales, hayan sido tallados por el hombre primitivo, ni mucho menos; ni siquiera me atreveré a afirmar que todos pasaron por sus manos y que allí quedaron como lascas desprendidas del bloque principal o como instrumentos defectuosos o no acabados, que no satisfacían el gusto del artista. Son muchos miles los que allí se ven; yo en solas dos tardes que los visité, gracias a la amabilidad del Rdo. Bardavú, que allá me condujo, recogí nada menos que 152 ejemplares, escogidos de entre los millares que aún quedaron en el suelo, por menos auténticos o evidentes.

---

Aunque no hubiese hecho otra cosa el Dr. Bardavú

que descubrir y estudiar este taller grandioso de instrumentos de sílex del musteriense, merecería bien de la prehistoria de Aragón y de la ciencia. Pero ha hecho más; juntamente ha fijado la edad de la fabricación de estos instrumentos, ha seguido la marcha de la civilización de aquellos hombres antiguos y ha sostenido que durante largas generaciones, se mantuvieron en la rudeza de su semibarbarie, aun rodeados de otros pueblos que iban más adelante en la marcha de la cultura y de la industria lítica. Ni es de maravillar este suceso en aquellos siglos de aislamiento de pueblos y tribus, cuando aún en los nuestros de tanta cultura, de tanta facilidad de comunicaciones, vemos conservarse tradicionalmente por centurias algunas industrias con el mismo carácter, como sucede, por ejemplo, en la cerámica de Muel; y entre los pueblos más cultos ocultarse otros que viven todavía en la edad de piedra, o en otra anterior, como decía donosamente el misionero P. Tobía de los habitantes del Napo, en la edad de *hoja-seca*, ya que allí sus cabañas y utensilios los fabrican por lo común con hojas.

Y en nuestros días los escritores de los Estados Unidos nos muestran todavía en magníficos grabados y riquísimas colecciones las armas de piedra tallada, flechas, lanzas, hachas, etc., que usan actualmente algunos pueblos de California, por ejemplo, y regiones próximas, de que yo he recibido algunas, y puedo asimismo exhibir una punta de flecha fabricada y usada actualmente por los habitantes de Australia. (1)

Ha hecho más el Rdo. Bardavú en los días que toma necesariamente para el descanso durante el verano, a fin de reparar las fuerzas consumidas por las tareas continuas y múltiples de su sagrado ministerio; ha explorado otros yacimientos prehistóricos de las cercanías de Alcañiz, cuya exposición habéis oído maravillados. Ha dado con ello ejemplo de laboriosidad y

---

(1) Regalo del Sr. Magistral Dr. Juliá, que la recibió de un Misionero.

de lo que puede un hombre dotado de energía y constancia para las investigaciones científicas, y ha estimulado con su ejemplo a muchos a que sigan por la misma senda.

Sí, porque el campo es vasto y hay labor en nuestro Aragón para muchos obreros de la ciencia.

Los que ya corremos al ocaso de la vida, nos hemos de dirigir a los jóvenes principalmente, para que ellos conozcan y amen a su patria, recorran en todas direcciones su país, estudien su suelo, escudriñen y descubran y den a conocer los tesoros que o bien esparció la mano pródiga del Criador o acumularon los siglos precedentes y yacen en la sombra del olvido.

Abramos nuevos horizontes a la vista de los entusiastas jóvenes. Falta mucho que hacer en muchos ramos de las Ciencias Naturales en Aragón, en algunas casi todo. El arte de Aragón, su arqueología, está pasablemente conocida o cuando menos esbrozada merced a las investigaciones de nuestros expertos y entusiastas, Mario de la Sala, Mariano de Pano, Andrés Giménez Soler y tantos otros que en excursiones, viajes y conferencias tratan de ilustrar y divulgar lo muchísimo bueno que Aragón posee.

Pero ¡cuánto falta por explorar en otras líneas! ¿Qué se ha escrito sobre el *folk-lore* de Aragón, que con tanta actividad recogen y consignan en Cataluña y Provincias Vascongadas? ¿Cuándo tendremos un catálogo descriptivo de las estaciones prehistóricas de este suelo, que está sembrado de ellas, siendo tan exiguo el porcentaje que conocemos? ¿Qué diré de los dólmenes, **que deben de existir** y aun abundar, cuando en una provincia vecina, la de Lérida, un solo explorador, el Reverendo Serra y Vilaró, ha hecho subir a la centena los que en ella se han encontrado? Por no hablar de la fauna y flora del Moncayo, siempre rica y siempre nueva, de los valles de Ordesa y Bielsa, de Tena y de Gistain, de Canfranc y de Benasque, y de tantos otros de los Pirineos y de otros montes; de los pobladores de

nuestros ríos, estanques y saladas, donde los investigadores encuentran siempre novedades y sorpresas estupendas. Y si hablara de la Entomología, mi palabra me llevaría muy lejos y abusaría excesivamente de vuestra benevolencia.

No he hecho más que señalar nuevos senderos, que levantar la punta del velo para haceros columbrar nuevos y dilatados horizontes, mostraros campos riquísimos por explorar. ¿Cómo campos? Continentes enteros por descubrir, mediante vuestra labor constante e infatigable, para que seáis otros tantos Colones de la Ciencia.

A nuestra Academia toca hoy regocijarse con la adquisición de un elemento tan valioso que sabe comunicar el fuego del entusiasmo a los pechos juveniles, y confiar que desde este sitio más elevado continuará propagando sus ideales y hará partícipes a muchos de sus entusiasmos.

Mas tú, augusta Universidad cesaraugustana, *alma Mater*, elevada poco ha por mano próspera a la dignidad de la autonomía, adquiriendo nuevas y centuplicadas fuerzas de la vitalidad de Aragón, has de ser hoy la fecunda procreadora de nobles hijos, que llenos de ciencia e inflamados en el sagrado fuego que les inspirarán sus maestros, estudien las riquezas que guarda aún recónditas el variadísimo suelo de Aragón, y, dándolas a conocer al mundo sabio, preparen días de gloria en los anales de las Ciencias a la ciudad, a Aragón y a España entera.

HE DICHO